

Los alados

La versión original de esta obra recibió
una Beca Finestres de Ensayo 2023

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Título original: *Els alats*

En cubierta: © *Las lavanderas en su nido sobre el agua mientras Simurg
conduce al ejército de aves para rescatarlas*, A. H. 1019 (A. D. 1610),

ilustración para una edición de *Calila y Dimna* © Album /

British Library / Science Photo Library

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Del texto y la traducción, Elisabet Riera, 2025

Publicado originalmente en catalán por Ed. Males Herbes, 2025

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-31-8

Depósito legal: M-11.748-2025

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Elisabet Riera

LOS ALADOS

Criaturas divinas y otros mensajeros

Versión en castellano
de la autora

 Siruela

El Ojo del Tiempo

*A mi hermano Isaac: el otro pájaro
sobre el Árbol del Mundo*

Índice

AUSPICIO: Con los ojos de Tiresias	11
1. LA VISIÓN DE LOS OJOS Y LA VISIÓN DEL ALMA: Dos miradas sobre el mundo	17
Pájaros, hígado y espejos: Platón. Mensajeros e intérpretes: Tiresias. Ornitomancia y ornitología. Bestiarios y libros de las utilidades de los animales. Los colores anímicos de las aves. Azul alado.	
2. LA FORMA DE LA IMAGINACIÓN: Criaturas con alas	43
El origen de los pájaros y del mundo. El vuelo de los chamanes. Sacrificios, la oca sagrada, las Upanishads y el <i>I Ching</i> . Mitología de Oriente: las grandes aves fabulosas y las aves del paraíso. Mitología de Occidente: el héroe solar contra la fiera ctónica. Arpías, sirenas y hadas. La esfinge. Una fábula.	
3. ENTRE LO HUMANO Y LO DIVINO:	73
Psicopompos, santos y ángeles Osiris, Hermes, san Francisco y san Gregorio. Angelología persa. Las legiones de los ángeles y los ángeles de Swedenborg. El paraíso perdido: Milton, Rilke, Wim Wenders y Peter Handke. Un milagro. Un ritual.	

4. UN CAMINO HECHO DE AIRE: Canto, vuelo, libertad	107
Canto, paisaje, lenguaje. Sílabas sexis y sílabas sagradas, la siringe y el canto alto. El paisaje sonoro de un ciego. El canto del chamán y el lenguaje secreto. El vuelo, un deseo ancestral. Brújula interna y navegación, o cómo dormir volando. Los viajes místicos de los pájaros: Avicena y Farid ad Din Attar. Un viaje real. Pájaros de barro, silbatos de agua: Ali Kazim, Constantin Brancusi, la paloma blanca de John Berger y los pájaros de Jesús niño. Las plumas del colibrí. La garza blanca. Aeroecología: Una necesidad. Canto, ruego y clamor.	
5. PORQUE EROS TIENE ALAS: El amor que transforma y eleva	141
Eros alado. Las esferas de Platón. Las bodas de Eros y Psique. Los amores de Salomón y la paloma. San Juan y santa Teresa: Pájaro solitario y mariposa extática. Los dos pájaros de la alquimia: <i>Mysterium coniunctionis</i> . La serpiente alada. Profecías ancestrales: Yggdrasill, Quetzalcóatl, Calcante y William Blake. Ornitofanías. El tiempo de las metamorfosis. Volar, amor, ¿hacia dónde? (epitalamio).	
6. EL AVE FÉNIX: El ciclo de la vida, la muerte y la resurrección	175
El fénix. El Libro de los Muertos egipcio. Viaje chamánico hacia el otro mundo. Vida y muerte del príncipe Yamato Takeru. El último aliento. Almas aladas: Fedro. Tánatos e Hipnos, hermanos gemelos. Una conversación mediúmnic con la Muerte: Victor Hugo. El ángel del juicio final. Pueda yo contemplar mi sombra (elegía).	
CODA: Como la alondra. Poesía, sueño, imaginación.	203
BIBLIOGRAFÍA	217

AUSPICIO

Con los ojos de Tiresias

A finales de los años setenta, bajaba por las Ramblas de Barcelona cogida de la mano de mi padre como quien, con los pies desnudos en el río, camina hacia su porvenir. Surcábamos el pavimento de olas rosadas y blancas. En las riberas, puestos de animales y de flores. Al llegar al puerto de Las Golondrinas,* bajo la estatua de Colón, el hado nos esperaba escrito sobre el leve temblor de las alas. El encargado de leerlo era un pájaro ligero y coloreado —¿un jilguero, un pinzón?—, con dos ojos negros y redondos que se fijaban en los míos como cabezas de alfiler en un almohadón. Un hombre de pocas palabras lo custodiaba dentro de una pequeña jaula de madera y finos barrotes metálicos en cuyo fondo se encontraba un archivo minúsculo: papelitos rosas, amarillos, azules y verdes se apilaban pacientes y ordenados en sus casillas esperando su turno. Después de que mi padre le diera una moneda, el hombre cogía algo invisible de los bolsillos del delantal y alimentaba discretamente al pájaro con la punta de los dedos. Seguidamente, este se dirigía a donde estaban los papelitos, agarraba uno con el pico y se lo daba a su dueño, quien a su vez nos lo entregaba sin desdoblarlo ni mirarnos a los ojos.

Leíamos: «Tendrá un esposo fiel y una familia numerosa. Sus hijos serán bondadosos con usted y le brindarán calor y compañía hasta el final de sus días. No permita que fantasías inalcanzables estropeen esta felicidad que de buen seguro

* Las «golondrinas» son embarcaciones turísticas que ofrecen la vuelta por mar al puerto de Barcelona. En los años setenta eran de madera y funcionaban con motores de gasoil.

le aguarda cerca». O bien: «Es usted un caballero seductor para las damas y valiente en sus cometidos. No dude en emprender esa nueva aventura que la vida le ha puesto delante. El resultado será exitoso». Siempre con decepción, guardábamos el papel en algún bolsillo, donde quedaba olvidado hasta el sábado siguiente, cuando volvíamos con la esperanza de un mensaje más divino, más verdadero.

Desde aquellos días, siempre he relacionado a los pájaros con el misterio y la adivinación. Primero, con una fe infantil, como quien ve una paloma blanca saliendo del sombrero de copa de un mago. (He visto fotografías de otros niños, en ferias o en parques de atracciones, esperando a que el pajarito de la suerte les entregara el mensaje, con el rostro serio y solemne de un niño que ya no es niño por dentro, de un niño que aceptará su destino como si fuera una orden). Con el tiempo, y a base de lecturas, esta relación fue tomando una forma más cultivada, más consciente, pero sin perder nunca su sentido oracular: aquel pajarito de las Ramblas quedó fijado en mi memoria y mi imaginación con el nombre de «Tiresias», y durante mucho tiempo fue mi gran interlocutor: él y yo, en silencio, hablábamos.

En el pequeño pueblo donde vivo ahora, lejos de las Ramblas de Barcelona, cada día me despierto con un concierto que llena el aire de la mañana antes de que salga el primer rayo de sol. Los pájaros son capaces de leer lo que nosotros, ciegos, no vemos, como el amanecer que se avecina, la llegada de las estaciones o las líneas que guían sus vuelos por el cielo de una punta a otra del planeta. Y cantan. Sin cesar, cantan. Mientras vuelan o cuando reposan en las ramas de los árboles, pentagrama sobre el que componen y bailan, su anclaje en la parte terrena de este mundo.

En *La diosa blanca*, Robert Graves cuenta que hace siglos, en los bosques celtas, los druidas inventaron un alfabeto de los árboles, el *ogham*, un alfabeto secreto en que cada letra se correspondía con la inicial de uno de los árboles sagrados:

abedul, serval, fresno, aliso, sauce, espino blanco, roble, boj, acebo, avellano, vid, hiedra, junco, saúco y tejo. Y así, cada letra era una hoja que tejía una palabra, y cada rama de palabras, una frase, y cada copa, un texto, y así una lengua, y así un bosque. Un bosque secreto al que ya nadie sabe entrar, un bosque mudo porque ya no sabemos leerlo. Solo algunos poemas, como «La canción de Amergin», lo recuerdan.

Desde que tuve conocimiento de ello, pensé que si había existido un alfabeto de los árboles, podría haber existido igualmente uno de los pájaros, sus inquilinos temporales. Sería sin duda un alfabeto aéreo, que nos hablaría más del cielo que de la tierra, e incluso de los dioses que también hemos olvidado. Dioses antiguos que cantaban en verso. «¿Harán poesía los pájaros?», se me ocurrió. No era solo una pregunta poética, sino que se trataba de la posibilidad de que dispusieran de un lenguaje capaz de crear imágenes y metáforas propias, que son las herramientas de la imaginación viva y de todo lo sagrado. Quería saber si era una capacidad de todas las aves, y no solo de una en particular. Mi Tiresias no contestaba a todas mis preguntas, ni lo hacía de forma demasiado concreta ni ordenada: más bien me enviaba pistas, fragmentos caleidoscópicos que parecían inconexos, pero con los que, tarde o temprano, si les dejaba abrirse camino en mi interior, llegaba a componer una figura que me daba la respuesta y desvelaba su sentido. Otras veces este sentido venía de repente, como un rayo, en una sola imagen ya formada. El caso es que poco después de formularme aquella pregunta, si los pájaros eran poetas, tropecé con una bellísima composición del sufí persa del siglo XII Farid ad Din Attar, titulada precisamente *El lenguaje de los pájaros*, un largo poema que narra el viaje iniciático de una treintena de aves en busca de su rey, el pájaro *simurg*, y que es una alegoría del camino de unión de cada individuo con la divinidad o unidad primordial. *Simurg*, al final, como descubren las aves cuando llegan a su meta, significa nada menos que «treinta

pájaros». Cada fragmento tiene su encaje en una composición mayor que solo vemos al final.

Toda lengua es una representación del mundo, tanto real como simbólica. Acceder a ella es abrir la puerta a una existencia invisible a nuestros ojos, inconcebible para nuestra mente, en este caso el universo de los que pueden volar. Quizá alguna vez los humanos fuimos capaces de entenderlos como quizá alguna vez ellos hayan sido capaces de entendernos a nosotros y hayan querido olvidarlo. No los hemos tratado precisamente bien, ni a ellos, ni a su medio natural.

En cuanto aprendimos a pintar y a escribir, representamos pájaros: en las cuevas prehistóricas, en los sepulcros africanos, en las tumbas gélidas del Ártico. Han encarnado a dioses, han inspirado a chamanes. Ellos, y por extensión todos los seres alados, tanto reales como mitológicos, han sido nuestro vínculo con el mundo del espíritu, del más allá. Al invitarnos a mirar hacia arriba, nos han hecho más humanos. Los seres alados son los mensajeros entre los dioses y nosotros, una filiación que desciende del espíritu a la carne. O al revés: que desde la tierra nos ayuda a despegar y nos empuja a trascender. Un hilo invisible, intuido por filósofos, artistas y poetas, que me he dispuesto a seguir, como quien, con pies desnudos, recorre el curso de un río para llegar al mar: *rambleando*.

Al final del recorrido siempre me reencuentro con mi viejo amigo Tiresias.

Yo te invoco, pues, Tiresias, como te invocaba ya cuando apenas acababa de salir al mundo cogida de la mano de mi padre, y te ruego auspicio para este viaje.

*Hombre y mujer, andrógino platónico, ser esférico.
Ciego y visionario, como los profetas más clarividentes de la historia.
Casi inmortal.
Aquel que regresa del Hades, que conoce los misterios
y versos de las aves.*

Augur máximo.

*Como todos los alados, portador de la gracia:
guíame sobre el papel con tu bastón, tal y como los pájaros
escriben en el aire.*

1

LA VISIÓN DE LOS OJOS Y LA VISIÓN DEL ALMA

Dos miradas sobre el mundo

*Pájaros, hígado y espejos: Platón. Mensajeros e intérpretes:
Tiresias. Ornitomancia y ornitología. Bestiarios
y libros de las utilidades de los animales.
Los colores anímicos de las aves. Azul alado.*

Primero somos una nebulosa. Y, surcando la nebulosa, un latido, que es como un aletear sin alas. Una intención de ser. Una forma. Un proceso. Una combinación de elementos que nos constituyen, como constituyen el planeta y todo lo que contiene: agua, tierra, fuego y aire. Y la discriminación sutilísima que nos hace ser una cosa u otra: mineral, vegetal, animal; pez, reptil, mamífero, pájaro. O todo a la vez.

Lo primero que buscamos al nacer es un aliento. Luego, empujados por él y todavía obtusos, se van despertando los sentidos, como al sonido de una ola. El oído es el interior de una caracola. La piel, temperatura solo, llama. La vista es un mar de sombras azules, primitivas, que bailan al fondo de una caverna. Muy lentamente irán tomando cuerpo las ideas, como se forman las islas, los árboles, los nidos. Hasta que finalmente echen a volar.

No puedo recordar con claridad el momento en que vi por primera vez a Tiresias, como no recordamos tampoco nada de aquella nebulosa que somos antes de nacer: las sombras azuladas al fondo de la caverna. Conservo la impresión de que, más que un encuentro, fue un reconocimiento, como si él y yo hubiéramos estado conversando desde

siempre, como si ya habláramos cuando él no era pájaro y yo no era yo. Cuándo comienza esa separación entre uno mismo y los demás es difícil de decir. Durante mucho tiempo no vemos la diferencia, no la sentimos. Por eso los niños y los animales se entienden; beben todavía de la misma fuente. Pero el hecho es que fue aquel pájaro y no otro. Llamémoslo «azar». Llamémoslo «providencia». Tiresias, con sus mensajes coloridos, prendió en mí el gusto por las historias, inventadas o ciertas, o mezcla de ambas cosas, como lo son todas desde que intentamos explicar el mundo y a nosotros mismos.

Cada cual es una cosmogonía, una representación, una mirada.

Algunos dicen que nuestros pulmones son un vestigio de las alas. Y hay quien piensa, como Platón, que esa evolución fue precisamente la contraria.

El género de los pájaros, que echó plumas en vez de pelos, se produjo por el cambio de hombres que, a pesar de no ser malos, eran superficiales y que, aunque se dedicaban a los fenómenos celestes, pensaban por simpleza que las demostraciones más firmes de esos fenómenos se producían por medio de la visión.¹

En la cosmogonía que dibuja en su *Timeo*, los pájaros proceden de los hombres. O, más bien, de un tipo de hombre muy concreto: aquellos con poco peso en la cabeza, viene a decir el filósofo, como si esta característica se hiciera extensiva después a todo el cuerpo y les permitiera dejar de tener los pies en el suelo y despegar fácilmente. Hacia el mundo celeste de las ideas. Pero su mayor ingenuidad, dice Platón, era creer que los asuntos del cielo pueden captarse con los ojos.

¹ Platón. *Timeo*. Traducción de Francisco Lisi. *Diálogos*. Vol. VI. Editorial Gredos, Madrid, 2000.

Tiresias, entre otros, lo desmiente.

Los grandes profetas han sido ciegos porque las cuestiones divinas solo pueden entenderse con los ojos del «alma irracional». Platón dice que habita en el hígado, órgano que tiene sus propias leyes.

Se deja seducir, sobre todo, por apariciones y por imágenes, tanto de día como de noche.

Es denso, liso, brillante, dotado de dulzura y amargor. Así, los pensamientos procedentes de la razón se reflejan en él como en un espejo capaz de recibir impresiones y mostrar figuras diversas.

Cuando la razón se vale de la amargura connatural al hígado, le hace llegar amenazas terribles, mezclando en todo él la acidez. Se vuelve de color amarillento, y textura rasposa y áspera, se retuerce y se contrae, o bien se bloquea y se cierra, y produce dolores y náuseas.

Cuando, en cambio, la razón le pinta imágenes de suavidad, el hígado obtiene alivio de esa amargura, y lo restablece todo en su originaria rectitud, suavidad y libertad; la parte del alma que habita alrededor del hígado se vuelve agradable y de buen talante, pasa la noche en disposición temperada, y, aunque no participa ni en la razón ni en la inteligencia, los sueños le sirven para la adivinación.

El hígado es amargo. El hígado es dulce. El hígado es el alimento del otro mundo.

Según una tradición árabe, el mundo se sostiene sobre un toro, y este se sostiene sobre un pez. El hígado de este toro está destinado a quienes van al paraíso. Aún hoy, el hígado de ternera o de pescado se consideran alimentos edénicos.

Tal vez las visiones del hígado sirvan para encontrar el camino al verdadero paraíso. Tal vez el paraíso sea un sueño que debe descifrarse.

¿Con qué herramientas? ¿En qué estado?

El órgano vecino del hígado fue colocado por su causa a su izquierda, dice Platón. Es el bazo, cuya función es man-

tener el hígado brillante y limpio, al modo de una estopa que se deja siempre junto a un espejo preparada y a punto. Cuando alrededor del hígado se producen impurezas a causa de las enfermedades, la embriaguez o la intoxicación, la porosidad del bazo limpia el hígado y se lleva las impurezas.

Según la medicina china, los ojos son las ventanas del hígado.

El hígado es un espejo puro que habla el idioma oscuro de la irracionalidad.

Espejos

Espejos oscuros de obsidiana azteca, espejos de sombras chinas, espejos de agua: objetos de adivinación, mensajeros del otro lado, como los ojos de Tiresias. Los espejos siempre han sido instrumentos de transfiguración de universos. Espejos múltiples, cóncavos y convexos hacen nacer visiones falaces y maravillosas. Los incidentes ópticos, descritos con detalle en los tomos de las diversas *Magia naturalis*, desde el mundo clásico al Renacimiento, se prolongan en la imaginación. El espejo es un ingenio oracular y productor de espectros. Revela lo invisible. Incluido el pensamiento.

En el cuento de hadas *El pájaro azul* (1697), la condesa de Aulnoy relata cómo la reina Florina, cuando viajó en busca de su rey Encantador, llegó a una montaña prodigiosamente alta, una de cuyas laderas era de marfil, y la otra, de cristal: «Todo el valle era una sola hoja de cristal. Había más de sesenta mil mujeres que se contemplaban con extremo placer, pues aquel espejo tendría fácilmente dos leguas de alto y seis de ancho. Cada una se veía en él según lo que quería ser. La pelirroja parecía rubia, la castaña tenía los cabellos negros, la vieja creía ser joven, la joven no envejecía; en fin, todos los defectos se ocultaban tanto que venían hasta el espejo de todas partes del mundo. Aquella circunstancia no atraía

menos a los hombres... El espejo también les fascinaba».² Al ver aquello, asustada por la falsedad de las apariencias, Florina rompió un huevo mágico del que salieron dos palomas y una carroza, que la condujeron, lejos del espejo, hasta su amor puro y verdadero: el pájaro azul.

La catóptrica es la ciencia de la ilusión.

Las cajitas catóptricas han tomado formas diversas a lo largo de la historia. Desde pequeños caleidoscopios que funcionan por la multiplicación geométrica de fragmentos de vidrio coloreados hasta máquinas de donde salen imágenes de ciervos, bueyes y asnos, o habitaciones enteras donde quien entra se ve caminando por el techo, bocabajo. Cuando Bonanni describe el Museo Kircheriano de Roma, menciona una *cistula* poligonal de ocho espejos lisos que conformaba una jaula para pájaros. Podían contarse hasta mil cuatrocientos alados cuando en realidad solo había veinticuatro. En una roca que se levantaba en el centro del invento, el autómatas neumático que representaba a Tritón hacía sonar un cuerno de caza.

En el centro geométrico del recinto de las mezquitas de Isfahán se encuentra un gran estanque de agua que refleja al mismo tiempo la cúpula del cielo y la cúpula del templo, recubierto de innumerables teselas de colores vivos, verdes y azules. Catóptrica arquitectónica y mística: sobre la superficie de agua fresca que se renueva continuamente, el ojo percibe la unión entre la tierra y el cielo.

A menudo los pájaros surcan la imagen con su vuelo.

² Relato recogido en Jurgis Baltrušaitis. *El espejo. Ensayo sobre una leyenda científica*. Traducción de Francisco J. Arellano. Miraguano - Polifemo, Madrid, 1988.